jeneral español. Encargo esta difícil mision á seis caciques, los principales señores de su corte. Componíase su comitiva de doscientas personas. Los presentes que iban á ofrecerle eran superiores en magnificencia à todos los anteriores, y á cuantos hubiese hecho un soberano de Méjico. Llevaban órden de prometerlos mejores todavía, si Cortés consentia en no penetraren las tierras del imperio. Insistieron en las dificultades del camino, en la esterilidad del pais; en el cual no podrian los Españoles encontrar víveres suficientes para subsistir. « Estos embajadores, (escribia Cortés á Cárlos Quinto) quedaron conmigo durante un período de la guerra de Tlascala, y vieron de lo que los Españoles eran capaces, fueron testigos de sus ventajas, y de la sumision de los Tlascaleños. Estos, temiendo á su vez las intrigas de los enviados mejicanos, se dieron prisa á concluir la paz: ni un solo voto hubo entre los senadores por la guerra. Xicotencatl jeneral en jefe, fué encargado de ir en persona á llevar al vencedor los homenajes de la república. Si vosotros, dijo á los Españoles, sois divinidades de naturaleza cruel y salvaje, os ofrecemos cinco esclavos, para que bebais su sangre y comais su carne, si sois divinidades buenas y benignas, aceptad estos perfumes y estas plumas: si sois hombres, aquí teneis viandas, pan y frutas para alimentaros. Tlascala se reconoció vasalla de la corona de Castilla, y se comprometió á socorrer á Cortés en todas sus espediciones. Esta paz era muy oportuna para los Españcles, pues agoviados de fatiga, contando un gran número de heridos, y faltos de todo, ya entraba entre ellos la murmuracion, y hasta amenazaban volverse á Vera-cruz. La paz, y la recepcion que se les hizo en Tlascala, les volvió su orgullo y su esperanza, y desde este momento se creyeron ya dueños de Méjico.

He aquí el cuadro que Cortés nos ha dejado referente á la capital de la república. Es mayor, mas fuerte y mas poblada que Granada en la época de su conquista sobre los Moros: posee edificios tan hermo:os

como aquella, pero está mas bien provista de trigo, volatería y caza, en peces, de agua dulce, y legumbres. Cada dia en su mercado treinta mil personas venden y compran. Allí se encuentra todo lo que es necesario para vestirse y adornarse: vestidos, calzado, alhajas de oro y plata, plumas de todo jénero, una especie de vajilla mejor que la de España, leña, carbon y plantas medicinales. Hay baños públicos, y sitios destinados á la lejía, y esquileo de las cabras. La policía se práctica bien. El natural es bueno para todo, é infinitamente superior à los africanos mas industriosos. El territorio de esta república, contiene sobre ochenta leguas de circuito, lleno de valles, cuyo cultivo se hace con intelijencia, v se siembra perfectamente. No se ven tierras yermas. La constitucion del pais asemeja á la de Venecia, Jénova ó Pisa. No hay ningun jefe revestido de la autoridad suprema. Los caciques residen. tes en la ciudad tienen por vasallos á los labradores que trabajan sus

Durante los veinte y un dias que Cortés permaneció en Tlascala, fué esta ciudad el foco de las intrigas, entre los enviados mejicanos y los jefes de la república. La proteccion de Cortés era el objeto de ambos partidos. Cada uno de ellos para obtenerla, procuraba mostrarse el mas afecto á sus intereses: los Mejicanos le persuadian que desconfiase de los Tlascaleños á quienes pintaban como falsos y engañadores. Estos haciendo la historia de Méjico, decian al jeneral español que aquella ciudad era la querida de la astucia y la traicion, únicos elementos de su poder. Cortés disimulaba con unos y otros; daba gracias en particular à los chismosos, afectaba entregarse á ellos sin reserva, y manifesta-ba toda su confianza al último que le hablaba. El mismo nos lo dice.

Esta política mas simulada que leal dió sus frutos: los Tlascaleños pasaron rápidamente del odio á la admiracion, y de la desconfianza á la adhesion mas absoluta: renació en ellos un afecto sincero hácia los

Españoles, y trataron de identificar- te que renunciasen al sacrificio de se con ellos; imitaban sus maneras, copiaban sus ejercicios militares, prevenian todas sus necesidades, y aun hicieron mas; jenerales, oficia-les, soldados, nobles y pueblo, se pusieron todos á su disposicion. Ofrecieron á Cortés acompañarle á Méjico con todas las fuerzas de la república. Sin embargo, un celo relijioso, semejante poco mas ó menos al antiguo fanatismo de los jenerales musulmanes, volvió á apoderarse de Cortés, y á poner su alianza en peligro. No contento con celebrar públicamente su culto en Tlascala, se convirtió este jeneral en misionero, y nada es mas temible que un predicador con espada. Pretendió renovar allí las violentas escenas de Chempoalla; amenazó derribar los templos y romper los ídolos. Con una poblacion firme en sus creencias: con sacerdotes poderosos, y majistrados dispuestos á protejer el culto nacional, era renovar la guerra; mas el bueno del padre Olmedo, acudió otra vez con sus palabras de caridad á esta alma ardiente mezclando aquel lenguaje con el de la política, y declarando que la relijion de Jesucristo, no debia predicarse con la espada en la mano, pues sus armas propias eran la instruccion que ilumina los espíritus, y los buenos ejemplos que cautiva los corazones. Repitamos aquí con Lobertson, que entre las escenas horrorosas, que presenta la historia del siglo diez y seis, en que el fanatismo fecundiza tan á menudo la ambicion, tales sentimientos deben causar un placer tan dulce como inesperado. En un tiempo en que los derechos de la conciencia tan mal conocidos en el mundo cristiano, y en que la palabra tolerancia aun era ignorada sorprende hallar un fraile español entre el número de los primeros defensores de la libertad relijiosa, al par que de los primeros desaprobadores de la persecucion. Las reflexiones de Olmedo, tan virtuoso como prudente, hicieron impresion en el espíritu de Cortés. Dejó á los Tlas-caleños continuar el libre ejercicio de su relijion, exijiéndoles solamen-

las víctimas humanas.

Todos los preparativos de la campaña estaban dispuestos: los enfermos y los heridos restablecidos: la moral del ejército reanimada; los víveres asegurados; la cooperacion de los Tlascaleños infalible. Tomadas ya nuevas noticias acerca de las verdaderas fuerzas de Motezuma, sus medios de defensa, rivalidades de los grandes de su corte, etc. Cortés anunció su salida: dos caminos conducian á Méjico; el mas directo atraviesa las montañas de Tlascala desde el este al oeste, y va á salir entre Texcuco y Otumba. Este era el que le indicaban los embajadores de Motezuma. La prudencia del jeneral repugnaba aceptar un itinerario propuesto por el enemigo. Tomó pues un camino agreste por la espalda oriental de los montes Matlacueyes, pasando cerca del gran volcan, llegando á Rio Frio. Los Tlascale. ños que le acompañaban en número de cincuenta mil hombres le aconsejaban se dirijiese por Huexotzinco, pequeña república su aliada, y que tambien lo era de los Españoles. pero á ruego de los enviados mejicanos y de los diputados de Cholula. Cortés se decidió á pasar por esta última ciudad. Creyó que este acto de confianza, le colocaria en mas distinguido lugar en la opinion de los pueblos; y aun se desprendió de la mayor parte de los Tlascaleños, quedándose solamente con un cuerpo auxiliar de seis mil hombres.

Cholula, en la época que Cortés la visitó, era una de las ciudades mas considerables del imperio, célebre por su comercio, y por sus establecimientos relijiosos. Situada como lo está actualmente en una llanura fértil y bien regada, á alguna distancia del grupo de montañas que rodean el valle de Méjico, hácia el oeste, contábanse en ella cuarenta mil casas, sin comprender los arrabales dependientes de ella. Allí se fabricaban telas de algodon, vidriado de arcilla, y una especie de loza muy apreciada. Sus joyeros tenian grande reputacion por su habilidad. El arte de cortar y montar las pie.

MÈJICO (Cuaderno 6).

mas alto grado de perfeccion; pero bajo el punto de vista relijioso, tenia Cholula aun mayor importancia. Era esta ciudad la Jerusalen, la Meca, la Roma, la ciudad santa del antiguo Méjico. Allí las tradiciones se conservaban con mas pureza que en ninguna otra parte. Allí se iba á consultar á los teólogos sodoctrina v disciplina. Allí habia vizalcoatl, ese hombre-dios, cuya existencia fabulosa hemos descrito. Cholula se distinguia por el gran número de sus templos, y el mas no-table se elevaba al nivel de la grande pirámide vecina á la ciudad. Allí, como uno de los lugares santos del antiguo mundo, concurrian de todos los puntos del Anahuac, innumerables peregrinos, que la daban mayor animacion. Su gobierno era una aristocracia republicana en la que los sacerdotes hacian el principal papel. « Los habitantes de Cholula, (dice Cortés con aquella franqueza de estilo que caracteriza sus su vestido. Estas capas son diferentes de las que llevan en Africa, pues tienen faltriqueras, aunque el corte tejido y franjas sean iguales. Los alrededores de la ciudad son muy fértiles y bien cultivados: casi todos los campos pueden regarse; y la poblacion es mas bella que ninguna de España, pues está bien fortificada y construida sobre un terreno perfectamente igual. Puedo asegurar a V. A. que desde lo alto de una mezquita (así designa Cortés los Teocalis) conté mas de cuatrocientas torres, y todas son de mezquitas. El número de los habitantes es tan considerable que no hay una pulgada de terreno que no esté cultivado, y sin embargo en muchos pueblos esperimentan los Indios los efectos de la escasez y del hambre y hay mucha jente que pide limosna à los ricos en las calles, en las casas y en los mercados, como lo hacen en España los mendigos y en dad de sus modales hablaron tanto

dras preciosas se habia llevado al otros paises civilizados (cartas de Cortés p. 69.). Es bastante estraño el que este jeneral español mire la mendicidad en las calles públicas, como un signo de civilizacion.

Los Cholulanos recibieron á Cortés v su ejército con muchas demostraciones de confianza y de respeto. Los Españoles se alojaron en anchurosos edificios en los cuales, se les sumibre cuestiones que interesaban á la nistraron todos los objetos necesarios á la vida durante dos dias. En vido muchos años el célebre Quet- el tercero ya no hubo tanta jenerosidad; los víveres fueron mas escasos, concluyendo por no darles mas que agua y leña. Cortés con su ojo avizor siempre fijo en los movimientos de sus enemigos, no tardó en descubrir las huellas de estas maquinaciones secretas; de estos preparativos de mal agüero que manifestaban una conspiracion en ciernes. Cada hora que trascurria le confirmaban las noticias sus sospechas. El cuerpo auxiliar facilitado por los de Tlascala, campaba fuera de la ciudad, porque los Cholulanos habian rogado á Cortés no los introdujese dentro de sus muros, á causa escritos), van mejor vestidos que de la profunda enemistad que exislos que hemos visto hasta aquí. La tia entre los dos pueblos, y Cortés jente acomodada usa capa encima habia consentido en ello, como una nueva prueba de confianza; pero estos auxiliares tenian la órden de estar muy alerta. Ocho de ellos vinieron á avisar al jeneral que se preparaba algun movimiento, pues habian observado que cada noche hacian salir de la ciudad, muchas mujeres y niños pertenecientes á ciudadanos notables, y que habian sacrificado tres muchachos y tres hembras jóvenes en el templo principal, como práctica ordinaria en aquellos pueblos, cuando se preparan á una espedicion militar. Esta comunicacion fué seguida de un aviso que parecia un nuevo favor del cielo. Marina, la amiga fiel de Cortés y su protectora, habia trabado amistad con una mujer de Cholula; señora de alta clase enlazada con las principales familias del pais. Marina tenia el privilejio de interesar á cuantos la veian: su hermosura, su talento, su elevado carácter, la civili-

en su favor, que la señora de Cho- do. Entónces Cortés llama, bajo di-« Marina, (la dijo misteriosamente un dia despues de haberse asegurado que nadie podia oirla) usted es jóven, hermosa y noble. ¿ Quién puede retenerla con estos estranjeros enemigos de nuestros dioses y de nuestro pais? Ya no debe V. permanecer mas tiempo con esos hombres crueles y malos, que el sol abortó en uno de sus dias de cólera: abandónelos V. y vivirá entre nosotros; » como Marina guardaba silencio, la cholulana añadió. « V. no sabe lo que rehusa, quiero salvar á V. de la muerte. Sepa V. Marina que los Españoles tienen aquí su sepulcro: ni uno solo saldrá vivo de la ciudad de nuestro dios del viento, del gran Quetzalcoatl. Nuestras calles están barricadas y cortadas por fosos y aberturas, lijeramente cubiertos de tierra. En las plataformas de nuestros templos hay mucho acopio de piedras y dardos reunidos. Veinte mil Mejicanos escondidos en el vecindario de la ciudad deben, á cierta señal convenida, reunirse á nueslos estranjeros y sus aliados. Nuestros sacerdotes esparcidos en todos los puntos para escitar el ardor de los hombres nos prometen la victoria, y jamás nos han engañado. Marina, piense V. en sí misma.

Diestra Marina en el arte de disimular, ninguna variacion demostró en su semblante. La querida de Cortés prometió guardar un secreto que deseaba por momentos confiar al jeneral. Bien pronto se halla junto á él, y le instruye de toda la conspiracion. Cortés vió de una sola ojeada toda la estension del peligro, pero tan activo en adoptar una resolucion como en ejecutarla, quiere, obsequiando á sus enemigos, ejercer una de aquellas venganzas que llenan de terror á todo un pueblo, y hacen temblar las coronas de los reyes sobre sus cabezas. Segun las órdenes que da á Marina, consigue atraer á su casa á la noble dama, y á algunos sacerdotes enterados de cuanto pasa, y le confirman la existencia del vasto complot de que se halla amenaza- go, hombres pérfidos, bajo la apa-

lula se aficionó á ella sensiblemente. versos pretestos, á los majistrados de la ciudad y á los principales habitantes. Luego que se hallan reunidos, les pregunta si tienen alguna queja de sus soldados, les invita á hablar sin temor, prometiéndoles toda satisfaccion, y concluye declarando que ha fijado su marcha para el dia siguiente. La respuesta de los Cholulanos fué negativa, continuando su papel de traidores, hacen mil protestas de su adhesion. Ofrecen al jeneral una escolta para acompanarle en su viaje, anunciándole que estará disponible al amanecer, Cortés aceptó el ofrecimiento con todas las apariencias de una entera confianza. En seguida, y despues de haber despedido á aquellos señores muy satisfechos, reunió prontamente à sus oficiales en consejo, hízoles saber la trama que se urdia y pidió su parecer. La opinion de la gran mayoría de estos valientes fué igual á la suya. Al instante se trasmitió órden á los Tlascaleños acampados fuera de la ciudad, de entrar en ella al salir el sol, y Españoles y aliados tros compatricios y arrojarse sobre se preparan durante la noche para el combate. Empezaba á rayar el dia cuando la escolta prometida, y una diputacionde cuarenta de los principales ciudadanos llegaron al cuartel de Cortés. Hízose entrar á toda esta jente en el interior : colocáronse guardias competentes para que no pudieran huir, y montado Cortés en su caballo de batalla, colocándose en medio de su jente armada, de los Cholulanos y los majistrados habló así: «Cholulanos: he querido teneros como amigos ; he venido á vuestra ciudad como hombre de paz. No os he hecho injusticias ni dano, y lejos de haber tenido motivo de quejaros de mi conducta, he consentido en todas vuestras exijencias. Deseabais que los Tlascaleños, antiguos enemigos vuestros, no entrasen dentro vuestros muros: ellos no han entrado. Os he instando para que me manifestaseis algunas quejas que tuvieseis contra mis soldados, y me habeis asegurado que solo teniais motivos de alabanzas; y sin embar-

dores, y quereis asesinarme con todos los mios: llamais en vuestra ayuda los ardides infernales de los cobardes. Todo lo sé, conozco la estension de vuestro execrable complot. » Y dirijiéndose Cortés en seguida á algunos Cholulanos añade: «¿Quién pudo inspiraros tan bárbaro proyecto? ¿Quiénes son vuestros instigadores?» Y los Cholulanos respondieron: «Son los Mejicanos, son los embajadores de Motezuma, quienes para agradar á su señor nos han comprometido á sacrificar á vos y á vuestra jente. Apenas oyó Cortés esta terrible acusacion, que con todo el aire de una profunda indignacion, se dirijió á los enviados mejicanos y les dijo : «Esos infelices os imputan su traicion, pretenden justificarse culpando á vuestro rey. Yo no puedo suponerle capaz de tamaña infamia en el mismo momento en que tantas pruebas me esta dando de amistad, cuando pudiera atacarme como valiente á fuerza de armas, y á cara descubierta. Nada temais por vuestras personas, yo sabré protejerlas. Hoy mismo perecerán los traidores, y su ciudad será entregada al saqueo. Tomo al cielo por testigo que su perfidia es la que me pone las armas en la mano.

Apenas acabó de hablar, un tiro de mosquete dió la señal de la matanza. En un instante Españoles y Totonacos se arrojan sobre la multitud sobrecojida. Corre la sangre à torrentes. Los seis mil Tlascaleños se lanzan por su cuenta, y toman parte en esta carnicería: ahullan como animales feroces, y bajo la proteccion de sus nuevos aliados, su rabia no conoce límites. Sin embargo, los Cholulanos se reunen, forman sus masas cerradas y se defienden con la enerjía de la desesperacion; pero la artillería de los Españoles y la superioridad de las armas, las rompe, las desbarata y las dispersa; quedando el suelo sembrado de cadaveres. Los que sobreviven huyen al campo ó se refujian en los templos, asilos pobres que no son sino otros tantos sepulcros. En vano los vencidos pretenden fortificarse

riencia de franqueza, me sois trai- en ellos. Las mechas encendidas abrasan las casas, y los edificios relijiosos, y la multitud que en ellos se reune, ó perece en las llamas, ó encuentra una muerte mas dulce precipitándose de lo alto de las torres. En esta matanza que duró dos dias, perdieron la vida seis mil Cholulanos. El botin fué inmenso. Los Españoles se apoderaron del oro, la plata y las piedras preciosas; los Tlascaleños de las plumas de colores brillantes, mil veces preferidas por ellos á los ricos metales. Cansado de venganza volvió Cortés á su cuartel en donde habian quedado como rehenes los nobles Cholulanos. Arrojáronse de rodillas á sus piés implorando piedad, y Cortés que habia ya conseguido su objeto, esparciendo el terror necesario á sus designios, proclamó un perdon jeneral. Envió diputados á los campos, convidando á los prófugos, hombres, mujeres y niños á que volviesen á la ciudad. En poco tiempo quedó desembarazada de los montones de cadáveres, y recobró su espíritu de vida. El número de los habitantes no pareció disminuido, y aquellos desgraciados convencidos de la superioridad de los Españoles, se mostraban tan oficiosos en servirles, como si hubiesen tenido que pagarles alguna deuda de agradecimiento : hombres acostumbrados á los ultrajes del despotismo, besaban con respecto las manos ensangrentadas de sus hermanos. Cortés utilizó su influencia para restablecer la buena armonía entre Cholula y Tlascala, y consiguió reunir bajo su bandera dos pueblos que se habian hecho una guerra contínua. Tranquilo por la buena disposicion en que dejaba los pueblos de su espalda, no lo estaba tanto con respecto á Motezuma. Algunas noticias recibidas de Veracruz aumentaron su inquietud. Supo que el señor de Nauhtlan (la Almería de los Españoles ciudad marítima en el golfo de Méjico, á treinta y seis millas al norte de Veracruz), habiendo recibido la órden de Motezuma para reducir á la obediencia á los Totonacos, primeros aliados de los Españoles; se habia arrojado sobre su

erritorio. Impotentes para defen- supiese cuanto encierra de admiraderse habian implorado el socorro del gobernador español de Veracruz. Escalante, á la cabeza de una parte de la guarnicion rechazando la invasion de los Mejicanos, habia sido herido de muerte así que siete de los suyos, uno de los cuales habiendo caido prisionero se le cortó la cabeza que fué llevada en triunfo á Mo-

tezuma

Tales eran los tristes acontecimientos, cuvas noticias recibió Cortés antes de dejar Cholula, y sobre las que creyó prudente guardar un silencio profundo para no debilitar la moral de sus soldados, de cuya completa enerjía necesitaba en la difícil empresa á que se habian comprometido. Parece que antes de su salida de Cholula, los enviados mejicanos habian inútilmente renovado sus instancias para desvaner su idea de ir á Méjico, y que de resultas de su negativa volvieron á apelar al ardid, indicándole como mejor camino una calzada ancha y abierta al camino de la cual debian los Españoles encontrar pasos impracticables, precipicios, y quizás algunas emboscadas. Una feliz casualidad protejió al jeneral en tan difíles circunstancias. Percibíase desde Cholula el humo de Popocatepetl sobre el que los Indios referian terribles historias, y cuya cima miraban de imposible acceso. Aprovechando Cortés esta nueva ocasion para dar una alta idea de la intrepidez de sus soldados, quiso que aquel volcan se esplorase por algunos de sus mas valientes. Oigámos á él mismo contar esta aventurera espedicion. « A ocho leguas de Cholula se presentan dos cadenas de montañas muy elevadas, y son tanto mas maravillosas, cuanto que su cúspide está cubierta de nieve en el mes de agosto, y que de la mas alta salen repetidamente dia y noche masas considerables de humo que se elevan hácia las nubes con tanta rapidez, que los vientos, por fuertes que sean en aquellas alturas, no bastan á cambiar su direccion vertical. Viendo, pues, salir este humo de una montaña tan alta, y de- les acompañados de algunos millaseoso de que Vuestra Alteza Real res de Tlascaleños, de Totonacos y

ble este pais, escojí entre mis compañeros de armas, diez de los mas intrépidos, y les ordené subjesen à aquella cima y descubriesen el secreto de aquel humo, y me dijesen luego cómo y de dónde salia.»

El capitan Diego Ordaz iba á la cabeza de la espedicion, y llegó hasta la orilla del cráter, si se cree á Bernal Diaz, se glorió probablemente de ello, y el emperador le permitió usar en su escudo de armas un vol-

Sin embargo, Lopez de Gomara, que ha compuesto su obra segun las relaciones de los conquistadores y de los relijiosos misioneros, no nombra á Ordaz como jefe de la espedicion: Cortés tampoco lo cita, y añade: « Que los suyos subieron muy arriba, y vieron salir mucho humo, pero que ninguno de ellos pudo llegar á la cúspide del volcan, á causa de la enorme cantidad de nieve que la cubria, del rigor del frio y de los torbellinos de cenizas que envolvian á los viajeros. Al acercarse á la cima overon un ruido espantoso, que les obligó á retroceder, no trayendo mas que nieve y pedazos de hielo, cuya vista nos asombró mucho, porque este pais está bajo los 20º de latitud, en paralelo con la isla española (Santo Domingo) y por consiguiente segun opinion de los pilotos, deberia hacer allí grandes calores. No obstante, si los soldados de Cortés no le revelaron el secreto del humo, le dieron parte de un descubrimiento, que tenia para él un interés de otra especie. Avanzando hácia la cúspide de la cadena de que acabamos de hablar, tomaron los enviados un camino cuya salida ignoraban. La casualidad les fué provechosa, era este el mejor paso, el mas practicable, y el buen camino que conducia al punto culminante. Llegados á él percibieron el hermoso valle de Méjico, sus lagos, y la gran ciudad de Tenochtitlan. Gozoso Cortés al oir estas noticias, no titubeó en seguir la ruta que se le indicaba. Corriendo el mes de octubre de 1519, los Españollera de Ahualco, que une la sierra Nevada, ó el Iztaccihuatl con la cima volcánica del Popocatepetl. Esperimentaron á la vez el frio y la escesiva impetuosidad de los vientos que reinan constantemente en aquella superficie, pero quedaron bien indemnizados de sus padecimientos, cuando, llegados á lo alto de las montañas, el sitio que tanto habia agradado á Ordaz y los suyos, se presentó á su vista. A medida que iban descendiendo las alturas de Chalco se iba tambien descubriendo la vasta llanura de Tenochtitlan, capital del reino de Motezuma con sus torres, templos, grandes edificios, cúpulas, que parecian nacer del seno de una mar escondida como una ciudad encantada. Las aguas de los lagos rodeadas de campos cultivados y poblaciones que brillaban con los reflejos del sol. Todo era un sorprendente espectáculo, cuya belleza aumentaba la imajinacion de los Espanoles, entre los que habia algunos que miraban este cuadro encantador como un sueño fantástico, tal era su inesperada aparicion. A medida que avanzaban desaparecian sus dudas y se descubria la realidad que habia quedado suspensa á impulso de las primeras impresiones, y todos estos hombres de guerra llegaron á persuadirse que las riquezas del pais eran superiores á cuanto habian oido, y que la fortuna iba á colmarlos de favores. Algun corto número de estos hombres, no dejaba, sin embargo, de estar con inquietud por la desproporcion de sus fuerzas con las que un grande imperio podia oponerles; pero este temor no alcanzaba á Cortés; todo parecia favorecer sus proyectos. Los gobernadores del pais llegaban unos en pos de otros á ofrecerle sus homenajes. Oia como se quejaban de la tiranía de Motezuma, y le demandaban ayuda y proteccion. Luego que pisó el suelo mejicano, fué testigo del descontento que reinaba en las provincias mas distantes, y llegado á las puertas de la capital reconocia disposiciones, aun mas hostiles contra el poder. Ya no podia dudar del odio jeneral al níficos palacios construidos de pie-

de Cholulanos atravesaron la cordi- monarca, y contaba con él como con un poderoso aliado. El buen resultado de su audaz empresa le pareció asegurado, pues ningun enemigo se pronunciaba.

Motezuma, que sabedor de los acontecimientos de Cholula, se habia retirado á su palacio de luto para obtener el socorro de los dioses. por medio del ayuno y oracion, fluctuaba entre las resoluciones mas opaestas. Un dia adoptaba los consejos enérjicos de su hermano. Otro dia se conformaba con la opinion del rey de Texcuco, favorable á la admision de los estranjeros. Ultimamente, encargo á este fuese cerca de Cortés á redoblar sus instancias para determinarlo á no pasar adelante. Cortés acojió al embajador con todas las atenciones debidas á su jerarquía, pero continuó su marcha, haciendo observar en todas partes la mas severa disciplina, tomando, aunque sin enemigos á la vista, todas las precauciones que le aconsejaba su prudencia. Se dirijió por Texcuco á instancias de dos hermanos del rey de este pequeño estado, privados de la corona, y reducidos á vivir como señores tributarios. Lamentándose uno de ellos de la parcialidad de Motezuma, reclamaba el trono y todas las tierras de sus antecesores. Esta querella de familia que hemos ya indicado era una buena suerte para Cortés; prometióle su proteccion y contó con un nuevo aliado demás.

Texcuco, aunque inferior entónces á Tenochtitlan en riquezas y magnificencia, era, despues de la capital, la ciudad mas grande y poblada del Anahuac : se contaban en ella cuarenta mil casas y pareció á los Españoles dos veces mayor que Sevi-Ila. No se cansaban de admirar la belleza de sus templos, palacios reales, calles, fuentes y jardines públicos. Lo mismo les sucedió en Iztapalapan otra grande y hermosa cindad de doce á quince mil habitantes, infantazgo del hermano de Motezuma. Allí tué Cortés recibido con todos los honores posibles por el jefe y todos los señores del pais. «Nos alojaron, dice Bernal Diaz, en magdos patios, y habitaciones amuebladas de canapés forrados de una tela de algodon finísima, y adornada de bordados y pinturas, y sus paredes muy blancas. Habia casas nuevas no concluidas todavía, que pertenecian al gobernador ó virey. Estaban tan sólidamente construidas como las mejores casas de España. Despues de haber contemplado estos nobles edificios, nos paseamos por los jardines, admirables á la vista, por la variedad de plantas aromáticas, por sus largas calles adornadas de árboles frutales, rosales, y otra infinidad de flores, cuyos nombres ignoro, y sobre todo una multitud de pájaros de brillantes plumas, que se hallaban reunidos. Vastísimos estanques estaban llenos de peces y patos salvajes, cercetas, y varias aves acuáticas particulares de aquellos paises. Nos hallábamos á la orilla de un lago cuyas aguas nítidas se comunicaban con el grande lago de Méjico por un canal bastante ancho para poder navegar grandes barcas. Este bello espectáculo, que por todas partes me rodeaba, me hizo creer que estaba en el paraiso terrenal, ó en el mas privilejiado pais del globo. Tal era aquella ciudad en la época á que me refiero. La mitad de las casas estaban dentro del lago, y la otra mitad en tierra firme; pero todo está destruido. Lo que era lago, son hoy campos de maiz; ni aun los mismos Indios pueden reconocer el lugar de aquellas antiguas habitaciones.

Al dia siguiente de mi llegada á esta ciudad, dice Cortés, la dejé para continuar mi marcha por el camino real que conduce à Méjico, camino muy bien hecho, suficientemente ancho para poder marchar ocho caballos de frente, y embellecido con tres grandes poblaciones, una de ellas numerosa y bien edificada, distinguiéndose por sus templos, y por el gran comercio de sal sacada de las mareas por ebulicion, y pastada en forma de panes. Media legua antes de entrar en Tenochtitlan (Méjico) en un lugar llamado Xoloc, se encuentra un doble muro á la de cuando en cuando para anunmanera de baluarte guarnecido de ciar al pueblo la presencia del mo-

dra y madera de cedro, con dilata- un parapeto almenado que sirve de doble recinto á la ciudad, y va á unirse por el otro lado á una calzada que da en tierra firme. Este doble recinto no tiene mas que dos puertas que salen á las dos calzadas en cuestion.» Allí hizo alto Cortés para recibir las felicitaciones de una numerosa diputacion de la nobleza, vestida como para presentarse á un monarca. Estos señores indianos desfilaron por delante de él, saludándole al estilo del pais, tocando la tierra con la mano, y besándola en seguida. Pareció que daban mucha importancia á este ceremonial que duró mas de una hora.

Entrando en la ciudad hay, entre la estremidad de la calzada y la puerta, un puente de madera de diez piés de ancho, á fin de que puedan las aguas circular libremente al rededor de la fortaleza. Este puente, compuesto de vigas y travesaños se

saca cuando se quiere. Antes de penetrar en esta vasta ciudad de difícil acceso, el prudente jeneral dispuso su jente, como si fuese á tomar una plaza enemiga, y las columnas se ponian en marcha. cuando se le anunció la llegada de Motezuma. Ya no era este un principe incierto en sus resoluciones, era sí, un príncipe subyugado por un poder superior; un príncipe soberano de algunos millones de hombres, acercándose con todo el esplendor de su poder, á rendir homenaje á un puñado de aventureros, quienes, por haber tenido la audacia de desobedecerle, y de entrar á pesar suyo en la capital, parecian á sus ojos seres protejidos del cielo, muy superiores á los demás mortales. Desde este momento Motezuma pertenece á Cortés. Bernal Diaz y Clavíjero han descrito minuciosamente esta primera entrevista. Robertson ha desfigurado la relacion del primero, abreviándola, tambien vamos nosotros á reasumirla, pero conservándola su color nativo.

A la cabeza de la comitiva se avanzaban tres oficiales llevando en la mano una varilla de oro, levantándonarca, é intimarles la órden de prosternase como señal de respeto y veneracion. Motezuma iba colocado en una litera cubierta de hojas de oro, y elevado en un magnifico palio cargado de plumas verdes. Cuatro señores lo llevaban sobre sus hombros. Iba acompañado de doscientos nobles, vestidos con una gran capa de tela de algodon de iguales formas como una librea, y en sus cabezas nna especie de mazorca de plumas de diferentes colores. Marchaban descalzos, en fila y á dos por costado de la calle, manteniéndose á cierta distancia de Motezuma, los ojos mirando al suelo en ademan de profunda veneracion. El monarca con sus insignias reales, y una pequeña corona de oro en la cabeza, metidos los piés en ricos borceguies, y à la espalda un manto sembrado de hojuelas de oro y piedras preciosas. Cuando llegó junto á Cortés, dejó la litera. Los cortesanos de su casa estendieron sus propias capas en la tierra para que sus piés no la tocasen. Los cuatro grandes feudatarios de la corona lo tomaron en brazos y pusieron en manos de su hermano y sobrino que lo sostuvieron respetuosamente. Cortés se apeó tambien del caballo, se adelanto á recibirle, le arengó y puso en su cuello una cadena de oro, guarnecida de perlas y cristal cortado que llevaba en el suyo; regalo que recibió el monarca de una manera afectuosa. Quiso Cortés abrazarlo, pero se lo impidieron los réjia trajo al jeneral dos collares trabajados de cascaras de caracoles, y de cada uno de ellos pendian ocho pedazos de oro en forma de peces de medio pié de largo, y muy bien construido. Motezuma se los pasó al cuesu palacio, encargando á su hermano condujese los Españoles al alojamiento que se les habia destinado. La muchedumbre acudió de todas partes para contemplar este espectáculo, siendo tan numerosa que ocupaba los dos lados del camino. Veíanse jentes en las ventanas y sobre los te-

jados, todos asombrados y como sorprendidos de las atenciones y complacencias de su rey hácia estos estranjeros, á quienes los honores no adormecian, conservando en su marcha el órden y actitud militar. Sus colunas cerradas ocupaban todo este largo y anchuroso camino elevado sobre el lago, que continua en línea recta desde Iztapalapan hasta el

centro de la ciudad.

No podian, sin embargo, desasirse de un vago sentimiento de inquietud viéndose algunos centenares de hombres en el corazon de tan populosa ciudad, y á mil quinientas leguas de su patria. Llegaron hasta el palacio que se les habia destinado, y que otro tiempo habia ocupado el rey Axajacatl. Motezuma que los aguardaba en la puerta de entrada tomó á Cortés por la mano, y lo introdujo en una grande sala en donde le hizo sentar sobre un pequeño sitial, cubierto de un tapiz de algodon, y cuya forma asemejaba á uno de los altares de nuestras iglesias. Las paredes estaban cubiertas de la misma tela, rebeteada de oro y piedras pre-ciosas. El rey se despidió del jeneral diciéndole: « Ahora estais en vuestra propia casa; obrad como amo: descansad vos y vuestros compañeros. Pronto volveré á veros. » Terminada esta visita, Cortés mandó se disparasen algunos cañonazos con el objeto de espantar á los Mejicanos. Seguidamente reconoció el palacio que se le habia dado por habitacion, señores que lo acompañaban, que ni edificio grandioso, claro, ventilado, aun tocarlo le permitieron. Poco con murallas de un mediano espesor, tiempo despues, uno de la comitiva flanqueadas de torrecillas, aseadamente amueblado con esteras, y asientos de una sola pieza de madera, y tan grande que todo el ejército español, Indios, aliados, mujeres, niños y esclavos en número de mas de siete mil, estaban cómodamente alollo, y luego emprendió el camino de jados. Los Españoles encontraron en aquel local cuanto pudieran desear para su seguridad. Cortés tomó, sin embargo, con su infatigable intelijencia, todas las precauciones posibles. Colocó una batería de cañones frente la puerta principal, y se fortificó en todos los puntos, como si hubiera tenido que sostener un sitio.

capital de Motezuma, dia no menos ilustre para ellos, que fatal para los pobres Mejicanos, se verificó el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de su llegada al pais de Anahuac. Apenas Cortés habia acabado de comer, cuando Motezuma fiel á su promesa fué á visitarle. El monarca lo hizo sentar á su lado mientras todos los oficiales españoles ó mejicanos se mantenian en pié respetuosamente. Nuevos presentes de oro, plumas y millares de piezas de algodon se llevaron allí, que el mismo rey le ofreció. Cortés se confundia duplicando agradecimientos, pero Motezuma le

interrumpió con estas palabras: «Bravo jeneral, y vosotros todos sus compañeros. Los hombres de mi corte y mis criados son testigos del placer que he esperimentado á la no-ticia de vuestra llegada. Si he manifestado oponerme hasta este momento, á la visita que ahora me haceis. no ha sido sino por conformarme con las ideas y disposiciones de mi pueblo. Vuestra fama ha aumentado los objetos y alarmado los ánimos: se ha dicho que erais dioses immortales, montados sobre bestias salvajes de un tamaño y de una fuerza estraordinarios, lanzando á vuestro placer los rayos que hacen temblar á la tierra. Os han hecho pasar como monstruos arrojados por las olas del mar á sus orillas, atraidos hasta nuestro pais, por vuestra insaciable sed de oro y para entregaros á todos los desórdenes. Ultimamente se ha dicho y repetido que uno solo de vosotros se comia mas de diez Mejicanos, pero el tiempo y la esperiencia nos han hecho ver, que todo esto es una impostura. Hoy sabemos que sois hombres mortales como nosotros, aunque la tez no sea igual, y tengais pelo en la cara. Vuestros caballos, esos animales tan temidos, son ciervos mas grandes y gordos que los nuestros aunque difieren algo de su forma; y vuestras terribles armas son unos tubos bastante parecidos á las cañas con que vamos á cazar, con la diferencia que arrojan las balas con mayor fuerza. Tambien sabemos que

La entrada de los Españoles en la sois buenos y jenerosos, que sufris con resignacion la mala suerte, y no os enfureceis jamás, á menos que os provoquen con hostilidades injustas. Tampoco dudo que desterraréis de vuestros espíritus las falsas ideas que os havan hecho formar de mí, va por las lisonjas de mis vasallos, ó las adulaciones de mis enemigos. Os habrán dicho, sin duda, que yo era un dios, y tomaba á mi voluntad la forma de un tigre, de un leon, ó de cualquiera otro animal, pero ahora veis con vuestros propios ojos, que soy de carne y huesos como los demás hombres, aunque mas noble por mi nacimiento, y por el alto rango que ocupo. Los Totonacos que con vuestra proteccion se han revelado contra mi, y cuyo delito no quedará impune, no habrán dejado de deciros que las paredes y techos de mi palacio son de oro; y vos que habitais uno de ellos, podeis convenceros de que son de piedra y cal. Convengo en que mis riquezas son grandes, mas no tanto como las ponderan mis súbditos. Algunos de ellos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero llaman tiranía al ejercicio legal de la autoridad suprema, y crueldad al indispensable rigorismo de la justicia. Abandonemos, pues, uno y otro las falsas ideas que se hayan formado de nosotros.

«Segun las señales que hemos observado en los cielos, y en conformidad de lo que sabemos de vosotros y de las rejiones de donde venís, reconocemos que han llegado ya los tiempos prefijados por nuestras tradiciones para el cumplimiento de ciertas profecías. Sabemos que deben llegar de las rejiones del Oriente en donde el sol nace, hombres destinados á hacerse dueños de este pais, en el cual reinó antiguamente un señor que desapareció, y cuyos descendien-tes son nuestros lejítimos soberanos. Nosotros no somos orijinarios de estas tierras. Hace un corto número de siglos que nuestros ascendientes, salidos de las comarcas del norte, se establecieron en ellas. Por consiguiente, solo como virey del gran Quetzalcoatl gobernamos, y por lo mis-